

El fármaco en las fronteras de la historia intelectual



Julio Ramos

Profesor jubilado de la Universidad de California–Berkeley. Es autor de una extensa obra en cultura literaria y cultura visual latinoamericana que incluye libros como *Desencuentros de la modernidad en América Latina: literatura y política en el siglo XIX* (1989), *Paradojas de la letra* (1996) y *Sujeto al límite: ensayos de cultura literaria y visual* (2015). Dirigió además varios documentales, entre los que se destaca *Detroit's Rivera: The Labor of Public Art* (2017).

De entrada voy a comentar una inflexión farmacológica de la literatura y la teoría cultural contemporánea, antes de proponerles una lectura del poema “Valium 10” de la escritora mexicana Rosario Castellanos, una inesperada narcografía de la vida doméstica de 1972.¹

En la medida en que las drogas alteran la relación entre vida material, percepción y políticas del cuerpo, suscitan una serie de preguntas sobre los límites de la categoría moderna de sujeto. Desde principios del siglo XIX, cuando la alteración sensorial se convertía en un motivo recurrente de las exploraciones literarias en las fronteras y límites racionales de la modernidad, los intentos de conceptualizar la experiencia de las drogas se han enfrentado a una paradoja recurrente. Esas sustancias estimulan el nervio de un principio de realidad secularizado de modos que frecuentemente se identifican con el objeto mismo de la estética en su promesa de una relación alternativa con la vida, el cuerpo, la experiencia y la percepción, desatada de los rigores de la razón instrumental.²

Sin embargo, cuanto más fuerte son las sensaciones que producen las drogas, más expuesto queda el sujeto a su uso compulsivo. Este es al menos el caso de los analgésicos y estimulantes, modelos genéricos en el siglo XIX de las dos sustancias más nombradas en estas discusiones: la morfina y la cocaína.

¹ R. Castellanos, “En la tierra de en medio”. *Poesía no eres tú. Obra poética (1948-1971)*, México, Fondo de Cultura Económica, [1972] 2002.

² Este texto reproduce la conferencia brindada el 4 de junio de 2021 en el marco del ciclo “Nuevas perspectivas en la historia intelectual latinoamericana” de la Maestría en Historia Intelectual. Agradezco a Martín Bergel la invitación, y a Elías Palti, director del Centro de Historia Intelectual, por sus palabras de bienvenida en la ocasión. El registro en video de la conferencia, disponible en el canal de youtube del Centro, incluye una sesión de preguntas y respuestas moderada por Dhan Zunino Singh, a quien también agradezco su hospitalidad. Una versión de este trabajo se publicó titulada “La historia alterada”, en la *Revista Transas. Letras y Artes de América Latina*, el 20 de septiembre de 2021, y en *En Rojo*, el 12 de octubre de 2021.

Procesadas inicialmente en laboratorios europeos, ambas son derivados farmacológicos de origen e historias coloniales puntualizadas por cuerpos, materialidades y tiempos asincrónicos. El cannabis ocupa un lugar destacado en la farmacopea literaria desde el siglo XIX, pero no tendrá el mismo vínculo con los laboratorios industriales hasta su reciente masificación impulsada por usos medicinales y lúdicos bajo una gradual despenalización.³

Al menos desde De Quincey⁴ y Baudelaire⁵, los placeres de los paraísos artificiales han estado minados por los agujeros de la repetición compulsiva y la caída del sujeto moderno (orientado normativamente al rendimiento, la producción y la instrumentalización del entorno) en estados de abulia e inacción extrema. Nos equivocáramos si redujéramos la aparente inercia al “ocio”, aunque los estados alterados frecuentemente acarrear la negación de la “ética del trabajo”. No es nada casual que De Quincey, Baudelaire y el heterónimo de Pessoa, Álvaro de Campos (“Opiario”, 1915), asociaran las secuelas de la experiencia con las drogas al colapso de la voluntad y los atributos que definen a un sujeto activo, autónomo y soberano.⁶

De ahí se desprende, como sugería De Quincey en sus *Confesiones de un inglés comedor de opio*, que los efectos

de las drogas se conviertan pronto en un asunto atractivo para la investigación filosófica, incluso antes que para la Historia. Las drogas producen la imagen invertida de categorías filosóficas modernas como la voluntad, la libertad, la autonomía del sujeto, al suspender las coordenadas del principio normativo de realidad, los amarres que aseguran la integridad de la persona en el orden simbólico y jurídico. No es de extrañar, entonces, que reiteradamente el viaje impulse al narconauta por las rutas de un orientalismo farmacolonial.⁷ Ahí se traza el accidentado itinerario de un cosmopolitismo a contrapelo que culmina con las fugas contraculturales de la generación Beat. Esta geografía liminal es particularmente notable en los conocidos recorridos de Burroughs, Ginsberg y Kerouac,⁸ aunque resuena en experimentos posteriores como los de Oscar del Barco⁹ en México contenidos en un libro significativamente titulado *Alternativas de lo posthumano*.

La paradoja del fármaco como remedio y veneno es recurrente en perspectivas contemporáneas que oponen el potencial liberador de la experiencia drogada a la conciencia identificada con la producción institucional de la verdad bajo un régimen de sometimiento del cuerpo y los sentidos.

Peter Sloterdijk, por ejemplo, ha argumentado que la

³ La antología “Farmacopea literaria latinoamericana: droga, modernidad y biopolítica 1875-1926” incluye textos de José Martí, Rubén Darío, Horacio Quiroga, Luis Palés Matos y André Botelho sobre el cannabis que muestran el paso del hachís exótico (orientalista) a la referencia vernácula de la planta nativa, especialmente en México y Brasil. Véase, A. Contreras y J. Ramos, “Farmacopea literaria latinoamericana: droga, modernidad y biopolítica 1875-1926”, I. Garbatzky, I. Iriarte, M. Moscardi y A. Porrúa (eds.), *Puntuaciones sensibles: Figuras en la poesía latinoamericana*, Santiago de Chile, Bulk Editores, 2022.

⁴ Th. de Quincey, *Confessions of an English Opium Eater*, New York, Penguin Press, [1821] 2003.

⁵ Ch. Baudelaire, *Los paraísos artificiales*, Madrid, Akal, [1860] 2014, Trad. Mauro Armiño.

⁶ F. Pessoa, “Opiario”, T. R. Lopes (ed.), *Poesía de Álvaro de Campos*, Lisboa, Assirio y Alvim, [1915] 2002, pp. 59-66.

⁷ Para una entrada a la discusión *farmacolonial*, ver la introducción de L. Herrera y J. Ramos del 2018, donde se nombra la importancia de la obra del antropólogo cubano Fernando Ortiz, *Contrapunteo cubano del tabaco y del azúcar*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, [1940] 1987. Disponible en L. Herrera y J. Ramos, *Droga, cultura y farmacolonialidad: la alteración narcográfica*, Santiago de Chile, Universidad Central de Chile, 2018. Ver también M. Taussig, *Shamanism, Colonialism, and the Wild Man. A Study in Terror and Healing*, Chicago, University of Chicago Press, 1987; M. Taussig, *My Cocaine Museum*, Chicago, The University of Chicago Press, 2004.

⁸ J. Kerouac, *Tristessa*, New York, Avon Books, 1960 y J. Kerouac, *Lonesome Traveler*, New York, McGraw-Hill, 1960.

⁹ O. del Barco, *Alternativas de lo posthumano*, Buenos Aires, Caja Negra, 2010.

historia de la filosofía occidental puede narrarse como el devenir de estrategias para eliminar las descargas sensoriales del éxtasis y el entusiasmo del dominio legítimo de la verdad filosófica.¹⁰ Este argumento se basa en una especie de "hipótesis represiva", llamémosle así, siguiendo muy libremente las paradojas del análisis foucaultiano de la *proliferación* de los discursos modernos de la sexualidad, que paradójicamente no cesan de apalabrar o manifestar el silencio y la represión sexual. En el campo de la literatura drogada, la narrativa que repite la hipótesis represiva arranca con frecuencia de una escena primaria ritualizada o chamánica.

En esto, Sloterdijk coincide con los argumentos programáticos de Antonio Escohotado, punto de referencia ineludible en este campo.¹¹ Ya en *Historia general de las drogas*, Escohotado explicaba los estados de éxtasis provocados por la experimentación química como formas de disidencia o de "desobediencia farmacológica". Esas formas contestatarias del di/sentir se oponen, primeramente, a la centralización religiosa. Luego, ya en un mundo secularizado o desencantado, se oponen a los controles estatales sobre el individuo y su cuerpo, aposento primero de su derecho y *posesión* según Escohotado. En efecto, en la monumental *Historia general de las drogas*, la hipótesis represiva conduce a un individualismo radical, entramado en una crítica militante de la prohibición que proclama los derechos individuales del sujeto a alterar su cuerpo, su mente, su percepción, o lo que le dicte su deseo, contra los controles e interdicciones del Estado. No hay que ignorar la deriva liberal del individualismo de Escohotado (ni su apología del libre mercado) para reconocer el peso histórico del prohibicionismo, su fuerza opresiva, históricamente inseparable de la moral que

impulsa a las interminables cruzadas contra las drogas y que subyace aun a la panoplia de discursos médicos, jurídicos y policíacos que se producen en torno a la vida de los usuarios.

Ya en el siglo XIX los discursos sobre el alcoholismo y la temperanza manifestaban lo que el historiador brasileño Henrique Carneiro ha llamado "la construcción del vicio", inseparable del gobierno de la vida y las poblaciones. A partir de comienzos del siglo XX, estos dispositivos registran un cambio profundo en las construcciones normativas del cuerpo ideal ciudadano, intervenido ahora por el cruce higienista de la Medicina y la Criminología, según ejemplifica el libro sintomático de Gregorio Bermann publicado en Córdoba, Argentina, en 1926, una de las primeras referencias latinoamericanas a la emergente "ciencia" de la toxicomanía, correlato de las primeras leyes de regulación o control del consumo, producción y distribución de las sustancias controladas.¹² *Sebastián Guenard*, novela corta de Padró con trama parcialmente situada en Chinatown (Nueva York), registra la transformación del lugar social de las drogas y la identificación de la subjetividad bohemía y "decadentista" en un marco de patologización.¹³

Si bien la hipótesis represiva remite a una historia insoslayable de prohibiciones y guerras contra los usuarios, el acercamiento a la alteración como forma de desobediencia o disidencia farmacológica, o como experiencia esencialmente opuesta al poder, confirma el peso de un lugar común de historia contracultural que conviene despejar. Hasta hoy, en ese marco contracultural, las sustancias que alteran la sensibilidad, en particular los alucinógenos y el cannabis, y más recientemente otros diseños psicoactivos, como el éxtasis y algunas variaciones de la metanfetamina, son consideradas herramientas de

¹⁰ P. Sloterdijk, "¿Para qué drogas? Dialéctica de la huida y búsqueda del mundo", *Extrañamiento del mundo*, Valencia, Pre-Textos, 2008. Trad. E. Gil Bera.

¹¹ A. Escohotado, *Historia general de las drogas*, Madrid, Espasa-Calpe, 2008.

¹² G. Bermann, *Toxicomanías*, Córdoba, El Ateneo, 1926.

¹³ J. de Diego Padró, *Sebastián Guenard*, San Juan, Tipografía El Compás, 1924.

resistencia o subversión contra las demandas que se fraguan en el horizonte normativo del cuerpo ciudadano. Ese horizonte normativo no es estrictamente de carácter imaginario, figurativo o conceptual. Se recorta mediante las operaciones de los múltiples dispositivos biopolíticos que puntualizan la historia de las drogas, la prohibición y sus efectos en un complejo médico-jurídico-punitivo. Lo que a su vez ayuda a explicar por qué los estados alterados desencadenan reacciones morales y disciplinarias severas en discursos transitados por la ética del trabajo y la productividad, a contrapelo de los usos del cuerpo basados en contra-economías del goce, el gasto o el exceso. Este tipo de acercamiento contracultural se topa hoy con varios cuestionamientos y debates.

El primero tiene que ver con los efectos sociales, económicos, médicos y espirituales de lo que Eve Kosofsky Sedgwick relaciona con las “epidemias de la voluntad”, una importante contribución a la historia de los hábitos y las compulsiones no ya tan solo como condición excepcional de individuos aislados, sino como horizonte de la subjetividad en las sociedades modernas, marcadas por la historia del consumismo desde sus orígenes en el siglo XIX.¹⁴

Un segundo cuestionamiento tiene que ver con la expansión global del régimen farmacológico, donde los experimentos de alcance biomédico, genético y neuroquímico transforman la vida en recurso económico y, con ello, la comprensión de las fronteras entre lo humano y lo no-humano, la vida alterada tecnológica o químicamente.

El tercer asunto que problematiza el enfoque contracultural de las drogas se desprende de la dimensión necro-

política notable. Por ejemplo: en los efectos y el alcance de la epidemia de opioides en los Estados Unidos, probablemente el principal problema de salud pública en ese país hasta que llegó la pandemia actual del COVID. La crisis de los opioides reorienta la discusión acerca de las sustancias en los regímenes de alteración, al menos, de dos maneras: enfrentamos ahora un evento desencadenado por drogas manufacturadas industrialmente y en muchos casos legalmente recetadas; y la llamada epidemia de los opioides sintéticos durante la última década reintroduce el elemento de la muerte en el control contemporáneo de las poblaciones vulnerables y abandonadas, una dimensión de lo que Mbembe ha llamado necropolítica.¹⁵

Todo esto complica también cierto excepcionalismo de la violencia que prevalece en las distinciones entre drogas legales e ilegales. La distinción subyace aun al análisis de la narco-cultura en un arco de reflexión sobre droga y violencia que culmina en el libro *Capitalismo gore*¹⁶ con el antecedente importante de los trabajos etnográficos de Bourgois en el Harlem puertorriqueño de Nueva York, donde también se considera la relación entre droga, orden neoliberal y violencia.¹⁷ Dicho de otro modo, la droga no es simplemente el objeto de economías de violencia salvaje (o *gore*), externa y opuesta a los territorios de violencia legítima, sino un aspecto del capitalismo contemporáneo.

Cuando se aborda desde el punto de vista de estas discusiones, la hipótesis general que sostiene que las drogas han sido sistemáticamente reprimidas en la historia del capitalismo, requiere algunos matices. Sin subestimar los

¹⁴ E. K. Sedgwick, “Epidemics of the Will”, *Tendencies*, Durham N.C., Duke University Press, 1993. Trad. de Lucía Herrera Montero. Disponible en la antología L. Herrera y J. Ramos, *Droga, cultura y farmacolonialidad: la alteración narcográfica*, Santiago de Chile, Universidad Central de Chile, 2018.

¹⁵ A. Mbembe, *Necropolitics*, Durham N.C., Duke University Press, 2011.

¹⁶ S. Valencia, *Capitalismo gore*, España, Melusina, 2010.

¹⁷ Ph. Bourgois, *In Search of Respect. Selling Crack in El Barrio*, Cambridge, England-New York, Cambridge University Press, 1995.

efectos represivos que abundan en la historia del prohibicionismo y del complejo médico-carcelario, es necesario reconocer que la producción de las drogas prolifera en coyunturas diversas y contribuye de múltiples maneras al proceso de creación de nuevos modos de subjetivación y control social, preocupación que sintieron tanto Huxley¹⁸ como Burroughs¹⁹ en sus distopías de la sociedad de control.

Ciertamente no estamos hablando ya de un régimen biopolítico basado en el doble movimiento foucaultiano de individuación y disciplina (cuerpo y población), sino de formas de alteración o modulación de la vida en sociedades contemporáneas de control, según la propuesta de Gilles Deleuze. Ya en el "Post-scriptum sobre las sociedades de control", de 1990, Deleuze mencionaba, sin detenerse demasiado en hacer una elaboración, que la producción farmacéutica, los enclaves nucleares y las manipulaciones genéticas cumplen un papel en la configuración de nuevos regímenes del poder sobre la vida.

Con más tiempo convendría notar la deriva en debates posteriores sobre lo que Lazzarato llama el "noo-poder"; es decir, el poder de la virtualidad y las modulaciones de la vida anímica en la era del trabajo inmaterial.²⁰ La deriva es notable igualmente en discusiones ya bastante generalizadas sobre el psico y neuro-poder.²¹ Tal como

¹⁸ A. Huxley, *Brave New World*, United Kingdom, Chatto & Windus, 1932.

¹⁹ Tal como propone Salvador Gallardo Cabrera en su extraordinario trabajo sobre William Burroughs y la sociedad de control, la discusión deleuziana sobre las nuevas modulaciones del poder tiene un antecedente literario indiscutible. Disponible en S. Gallardo Cabrera, *La mudanza de los poderes. De la sociedad disciplinaria a la sociedad de control*, México, Aldus, 2011.

²⁰ M. Lazzarato, "Los conceptos de vida y vivo en las sociedades de control", *Por una política menor. Acontecimiento y política en las sociedades de control*, Madrid, Traficantes de sueños, 2006, pp. 73-98. Trad. Pablo Rodríguez.

²¹ H. Byung-Chul, *Psicopolítica. Neoliberalismo y nuevas técnicas de poder*, Barcelona, Herder Editorial, 2014. Trad. A. Bergés.

argumenta N. Rose (2007), la vitalidad en sus múltiples aspectos materiales, genéticas, intelectuales y anímicas se ha convertido en la materia mutable de una nueva economía bajo "las políticas de la vida misma".²²

Por ahora, quiero mantenerme cerca de la dimensión farmacológica de estas consideraciones. La formidable acumulación de capital farmacéutico desde finales del siglo XIX hasta el presente se ha sostenido en una demanda de productos orientada por dos objetivos decisivos en las políticas del cuerpo de la ciudadanía moderna: por una parte, garantizar inmunologías y la cura de enfermedades contagiosas; por la otra, controlar el dolor.

En este sentido, es importante recordar dos trabajos sobre los poderes y las materialidades farmacológicas. El primero es el texto de Buck-Morss²³ sobre la historia de la morfina para una relectura del trabajo de Walter Benjamin²⁴ y su acercamiento al papel anestésico que cobra la producción de mercancías en las fantasmagorías comerciales. El ensayo de Buck-Morss abrió una ruta al estudio de la *aísthesis* moderna y la plasticidad de la experiencia sensorial transformada por los cambios tecnológicos del capitalismo y por la intensificación de los estímulos particularmente en las fábricas y la vida urbana.

El segundo trabajo corresponde a Paul Beatriz Preciado²⁵ quien, en un giro que expande la noción foucaultiana de biopoder y el debate sobre la sociedad de control, intro-

²² N. Rose, *The Politics of Life Itself. Biomedicine, Power, and Subjectivity in the Twenty-First Century*, New Jersey, Princeton University Press, 2007.

²³ S. Buck-Morss, "Aesthetics and Anaesthetics: Walter Benjamin's Artwork Essay Reconsidered", *October*, nro. 62, 1992, pp. 3-41. Trad. Mariano López Seoane. Disponible en L. Herrera y J. Ramos, *Droga, cultura y farmacolonialidad: la alteración narcotráfica*, Santiago de Chile, Universidad Central de Chile, 2018.

²⁴ W. Benjamin, *La obra de arte en la era de la reproductibilidad técnica*, México, Itaca, [1936] 2003. Trad. A. E. Wikert.

²⁵ B. Paul Preciado, *Testo yonki*, Madrid, Espasa-Calpe, 2008.

duce el análisis de las modulaciones contemporáneas de la sexualidad y el control de la natalidad bajo un régimen basado en los modos de “subjetivación fármacopornográficos”. Me refiero a la formidable intersección de teoría y narrativa del proceso personal de aplicación hormonal en *Testo yonqui*. El protocolo experimental de Preciado sacude asimismo la discusión en torno a las identidades, sea como construcciones sociales o como prácticas performativas para considerar, en cambio, la modulación disidente de la vida bio-psico-afectiva del sujeto.

Bajo el impacto del Covid-19, el debate público sobre los laboratorios de la Big Pharma como entidades corporativas se ha intensificado notablemente. La pandemia infunde nuevo vigor a la crítica de intereses empresariales y el capital financiero que sobredeterminan la investigación científica y las políticas de salud pública bajo los mercados neoliberales. La cuestión del “racionamiento del cuidado” y de “quién merece vivir” bajo las presiones extremas del colapso de los sistemas de salud impactados por la pandemia adquieren nuevas dimensiones, pero dominan una vez más la lógica empresarial y los monopolios bajo la protección de unos pocos estados nacionales que rigen la producción del saber y la investigación farmacéutica, cuyos resultados tienen efectos directos en la vida/muerte y en las fluctuaciones de la lógica y los valores financieros. No está de más recordar, por ejemplo, las declaraciones de los Laboratorios Pfizer cuando el 9 de noviembre del 2020 anunciaron la efectividad de su vacuna contra el Coronavirus, noticia que provocó inmediatamente un incremento dramático en los valores de la bolsa internacional, incluso previo a que se conocieran los riesgos del producto.

Antes del estallido de la pandemia, la imponente acumulación de capital de los laboratorios farmacéuticos generaba ya una profunda desconfianza popular. El escepticismo se registra de múltiples modos en los altos índices de desaprobación pública de sus operaciones y en varios

procesos judiciales contra los laboratorios de mucha cobertura mediática y efectos relevantes. Probablemente la reacción pública en los últimos años se deba, por un lado, al alto costo de las medicinas que sube en proporción inversa a la reducción de los servicios médicos públicos y las pensiones de los jubilados. Pero también las impugnaciones recientes contra empresas farmacéuticas como la Purdue, Johnson and Johnson y otros mega-distribuidores de la Big Pharma, confirman una amplia reacción contra el papel que han tenido estas compañías en la manufactura de la epidemia de opioides tras el boom de la oxicodona provocada por las empresas en las últimas dos décadas. Varios análisis de la epidemia de los opioides coinciden al impugnar un diseño empresarial de consumo nutrido por la desindustrialización, la crisis y precarización de la clase media y trabajadora norteamericana incluso en las zonas rurales, de población blanca, según las pistas testimoniales que explora Quiñones en *Dreamland: The True Tale of America's Opiate Epidemic*.²⁶

Estimulado por intensas campañas publicitarias y el respaldo del recetario médico, el estallido de la oxicodona desata lo que Haiven ha llamado “nuestras guerras del opio: el fantasma del imperio en la prescripción de la pesadilla opioide”.²⁷ Los procesos judiciales recientes contra Pharma Purdue y la familia Sackler, propietarios de la Purdue, que patentizó la oxicodona en 1996, documentan ampliamente la multiplicidad de factores e intereses económicos que intervienen en la modulación de la vida en los laboratorios industriales que operan bajo la laxitud neoliberal. La geopolítica de este capital flexible introduce un vector colonial en el análisis de la producción farmacológica, como demuestra Muñiz Varela en su aproximación a la historia de los laboratorios en Puerto Rico a partir de la década del 1950 y el auge de la píldora

²⁶ S. Quiñones, *Dreamland: The True Tale of America's Opiate Epidemic*, New York, Bloomsberry Press, 2015.

²⁷ M. Haiven, “Our Opium Wars”, *Third Text*, vol. 32, nro 5-6, 2018, pp. 662-669.

anticonceptiva, tras amplios experimentos con la población puertorriqueña.²⁸

Todavía hoy varias de las grandes empresas farmacéuticas instalan sus laboratorios en las mismas zonas pos-industriales donde operan los semilleros de la agroindustria, próximos también a complejos carcelarios, frecuentemente en los mismos terrenos desalojados por la vieja industria azucarera, como sugiere lúcidamente Aponte Alsina en *PR 3: Aguirre*²⁹ sobre los destinos de un gran emporio azucarero (la Central Aguirre) en el litoral sur caribeño de la isla. Sin duda, el laboratorio colonial contemporáneo contrasta la dinámica entre conocimiento científico, la implementación técnica y los controles del Estado-nación investigados por Bruno Latour en su importante historia de la vida material y los detalles operativos de los exitosos laboratorios de Louis Pasteur en la Francia de finales del siglo XIX; aunque el cuestionamiento de Latour a los reclamos de autonomía de la investigación científica moderna mantiene plena vigencia en el análisis del régimen farmacéutico actual.³⁰

En vistas de la epidemia de la oxicodona, de las trayectorias globales del fentanilo, y de las muertes por sobredosis que superaron el medio millón de víctimas en los Estados Unidos entre 2010 y 2019, y que el año pasado, en plena pandemia del COVID superaron las 100,000 mil muertes, es evidente que el debate actual sobre las drogas desborda los acercamientos a las sustancias como dispositivos experimentales que nos ayudan a resistir o a subvertir la razón instrumental de un sobrio gobierno de la vida. El gobierno de la vida o del abandono no guarda

compromisos esenciales con la sobriedad. La necropolítica actual de las drogas, nutrida por la gran industria de fármacos y medicamentos, presiona a reconsiderar la excepcionalidad del narco-estado. De este modo sería posible matizar el análisis de la violencia en las economías del abandono, ahora en función de la condición farmacológica y las modulaciones de la vida cuyo campo de acción ciertamente sobrepasa las operaciones del narcotráfico y las subsume. Las drogas son poderosos dispositivos de alteración. Como tales, son objetos complejos que moldean la vida y constituyen formas de poder. Aunque pueden provocar eventos rebeldes, también son capaces de estimular intervenciones y dispositivos de control.

Permítanme ahora cambiar de registro y de archivo para comentar el poema de la escritora mexicana Rosario Castellanos, "Valium 10", que particulariza algunas de estas cuestiones y paradojas. Su acercamiento al tranquilizante y el sedante de producción y consumo masivos propicia una reflexión distinta sobre el papel de las drogas en la cultura contemporánea. Su singular narcografía doméstica del Valium incita a desprogramar la reducción habitual de estas discusiones a las experiencias, objetos y temporalidades visibilizadas primero por la contracultura y luego por el narcotráfico.

El poema forma parte del libro de 1972 *En la tierra de en medio* (otro modo de llamar a Nepantla, el *entre-lugar* del imaginario mexicano y chicano) en el que las contingencias cotidianas cada vez más aplanadas por hábitos afectivos sin destino ni fin precisos, desbordan el marco de la intimidad primaria que reclamaba como su territorio propio la poesía lírica, apoyando formas de inscripción del sujeto en el vínculo entre la voz, las palabras y la materialidad de las cosas. Tal como leemos en otro poema de ese mismo libro ("Economía doméstica"), la exploración de la subjetividad se debate entre los secretos del orden casero y el silencio irrevocable de algunos objetos: "He aquí la regla de oro, el secreto del orden:/ tener un

²⁸ M. Muñiz Varela, *Adiós a la economía: seis ensayos sobre la crisis*, San Juan, Ediciones Callejón, 2013. Sobre la experimentación anticonceptiva y la biopolítica colonial en Puerto Rico resulta clave el documental de Ana M. García, *La operación* (1982).

²⁹ M. Aponte Alsina, *PR 3: Aguirre*, Cayey, Sopa de letras, 2018.

³⁰ B. Latour, *Pasteur. Una ciencia, un estilo, un siglo*, Madrid, Siglo XXI España, 1995. Trad. C. Palleiro.

sitio para cada cosa/ y tener/ cada cosa en su sitio. Así arreglé mi casa”.

La poesía de Castellanos saca las cosas de sitio. Problematiza la lógica del sentido, hace lo que en otro poema del mismo libro llama “Las lecciones de las cosas”. Su poesía no re/anima las cosas por gracia e intervención de una potencia figurativa o simbólica que las sacude o disloca, sino porque allí, en la misma lógica de la economía doméstica, las cosas gradualmente dejan de responder al llamado de un orden impuesto por las lecciones de una subjetividad soberana, para replegarse en la banal opacidad del hábito. Es una poesía que dramatiza el limbo entre las cosas y los objetos en términos afines a la reflexión reciente de Bodei en *La vida de las cosas*.³¹

Como ocurre en otros libros anteriores, especialmente en *El rescate del mundo*, el poemario de 1972 encamina a Rosario Castellanos a una serie de preguntas de carácter conceptual y filosófico. La dislocación de los conceptos filosóficos en la poesía es posiblemente un efecto del prosaísmo del tono en los entornos cotidianos del hábito en situaciones del tranque irremediable del sujeto, identificada allí como mujer. Por ejemplo, la última estrofa de “Valium 10” dirigida a una segunda persona que poco a poco reconocemos como la voz desdoblada del sujeto lírico (el “yo” escindido que se habla a sí mismo) dice:

Y tienes la penosa sensación/ de que en el crucigrama se deslizó una errata/ que lo hace irresoluble. //Y deletreas el nombre del CAOS. Y no puedes/ dormir si no destapas/ el frasco de pastillas y si no tragas una/ en la que se condensa, / químicamente pura, la ordenación del mundo.

Más que de una aventura o un gesto de disidencia basado en el exceso sensorial, el poema destaca la modificación de los estados anímicos en una sociedad de consumo, donde la producción de nuevos entornos y formas

de vida incluye abundancia de mercancías narcóticas y una elaborada química de los afectos de reciente cuño sintético en los grandes laboratorios de la psicofarmacología industrial.³²

Desde el trabajo clásico de Susan Buck Morss sobre Benjamin y la morfina, varias discusiones han sugerido que la droga opera como figura de la porosidad de los límites entre naturaleza y lógicas suplementarias del *techné*, pero también produce un entramado que vincula vida material, percepción, subjetividad y biopoder. El poema de Castellanos aborda la relación entre las palabras, el cuerpo y el régimen de alteración sensorial, pero no sugiere una idealización estética de la sustancia. El Valium circula ahí como un objeto común y corriente de la vida doméstica. Si en el poema emblemático de Julián del Casal (“La canción de la morfina” de 1890) vemos cómo el fármaco trastoca la frontera entre vida natural y artificial, cuerpo y sustancia anestésica, de un modo que altera la sensibilidad y que potencia paradójicamente una forma alternativa de experiencia estética, en el poema de Castellanos la rutina del Valium clausura aquella posibilidad legada por la poesía moderna, su apuesta por la promesa liberadora y la intensificación de la *aisthesis*.³³

Ya para el momento en que Rosario Castellanos escribe su poema sobre una píldora de invención reciente, los laboratorios suizos de la Hofman-Roché que sintetizaron el diazepam en una pequeña sucursal de Nueva Jersey, habían consolidado su lugar como una de las Big Phar-

³² El volumen colectivo sobre psicofarmacología editado por Janis Jenkins (2011) incluye un trabajo extraordinario del antropólogo brasileño João Biehl, “Catkine... Assylum, Laboratory, Pharmacy, Pharmacist, I and the Cure: Pharmaceutical Subjectivity in the Global South”, en J. H. Jenkins (ed.), *Pharmaceutical Self. The Global Shaping of Experience in an Age of Psychopharmacology*, New Mexico, School For Advanced Research Papers, 2010.

³³ Á. Contreras y J. Ramos, “Materialidad y animismo en ‘La canción de la morfina’ (1890) de Julián del Casal”, *Rialta. Revista de Cultura y Sociedad*, nro. 53, julio de 2021.

³¹ R. Bodei, *La vida de las cosas*, Buenos Aires, Amorrortu, 2013. Trad. H. Cardoso.

ma, gracias precisamente a las ventas billonarias de la potente pildorita amarilla, el Valium 10, antecedida por el librium. La denominación latina de esta innovadora farmacopea resuena con los grandes valores occidentales de la libertad, el equilibrio y el valor, aunque ahora condensados, como sugiere el verso de Castellanos, en una ordenación química del mundo puesta al alcance de la mano de la ama de casa de las nuevas clases medias.

La píldora amarilla que en el poema de Castellanos reemplaza el diálogo con la Esfinge es el mismo fármaco que había captado la atención de Mick Jagger y Keith Richards unos años antes en *"Mother's Little Helper"*, el éxito de 1966 que generó problemas entre los propagandistas médicos de la empresa farmacéutica por ironizar acerca de los usos femeninos del Valium, el uso compulsivo y el riesgo de la sobredosis, no ya en los ambientes de la desobediencia farmacológica y los experimentos contraculturales, tampoco en las calles de las ciudades de la Guerra Fría y los nuevos discursos sobre la pobreza, sino en los espacios protegidos de la vida doméstica. Como dice la canción de los Rolling Stones: en esos recintos saturados de nuevos inventos y comidas preparadas, se multiplicaban las dosis de la benzodiacepina, el tranquilizante sintetizado en los laboratorios de la Roché durante el primer período de auge de las drogas anti-psicóticas y los ansiolíticos.

Aunque las benzos no son de la familia de los ansiolíticos, cobraron sentido y valor como efecto de la economía de las múltiples dolencias psíquicas y afectivas que proliferan a partir de los diagnósticos de la Guerra Fría. El inventor del Valium, Leo Sternbach, patentizó más de 200 fórmulas para la Roché, casi todas en el campo emergente de la psicofarmacología.³⁴ La larga vida profesional de este exiliado judío, nacido en Hungría, educado en Polonia, integrado como investigador de la empresa

en Basilea (Suiza), establecido luego en las sucursales del laboratorio en Nueva Jersey desde 1941, recorre una trayectoria paralela a la de Albert Hofmann, inventor del LSD e investigador inaugural de la potencia psicodélica de los hongos alucinógenos, quien también laboraba bajo los auspicios de un laboratorio industrial.

Aparentemente, Sternbach vivió una vida sin excesivos dramas; pero entre 1963 y el momento en que se establecen los controles que regularon las ventas masivas del sedante a mediados de la década de 1980, su invento se convirtió en uno de los productos más vendidos en la historia de la industria farmacéutica del mundo. Sternbach y Hoffman son figuras de un complejo entorno material, tecnológico, intelectual y cultural. Sus antecedentes, anteriores a la Guerra Fría, remiten al período que la historia norteamericana identifica como la era de la revolución científico-tecnológica de fines del siglo XIX. Es decir, el mismo entramado que prepara el camino para el inventor Henry Ford, cuya relación con los laboratorios de Parke-Davis y la alteración bioquímica de la vida quedó estéticamente consignada por Diego Rivera en 1933 cuando pinta (en Detroit, la ciudad de Henry Ford y Parke-Davis) los murales sobre la línea de ensamble del régimen laboral fordista. Dicho de otro modo: nos equivocaríamos si identificáramos las modulaciones farmacológicas exclusivamente con la antropotecnia de una era postindustrial o post-fordista (como ocurre en Preciado y Berardi³⁵) aunque está claro que la producción farmacológica se intensifica y se masifica después de la Segunda Guerra Mundial.

¿Conocería Rosario Castellanos la canción de los Rolling Stones sobre las consumidoras caseras de Valium? Es posible, aunque conviene tener en cuenta que la poesía de Castellanos no destaca por el tipo de trabajo de cita o

³⁴ Ver A. Baenninger: *Good Chemistry: The Life and Legacy of Valium Inventor Leo Sternbach*, New York, McGraw-Hill, 2004.

³⁵ F. Berardi (Bifo), *Después del futuro. Desde el futurismo al cyberpunk: el agotamiento de la modernidad*, Madrid, Enclave de Libros, 2014. Trad. Giuseppe Maio.

de apropiación de materiales intervenidos de la industria cultural, una operación formal que observamos con más frecuencia en la antipoesía y el arte de medios de aquellos mismos años. No obstante, sin necesidad de establecer una relación causal entre la canción y el poema, es posible contrastar las posiciones de ambos ante la irrupción de los psicotrópicos en la vida y el trabajo doméstico.

Para empezar, el poema de Castellanos, desde el comienzo, elabora una zona de intensidad ligada a la escisión de un sujeto que dialoga consigo mismo, como si la inminencia del colapso fuera cosa de la otra Rosario en la que se desdobra, y no de sí misma. Lejos del vago estereotipo de la madre-ama de casa (vista por Mick Jagger desde la perspectiva del "hijo" roquero y contracultural), la figura del sujeto femenino en el poema de Castellanos cobra matices precisos en varias referencias a la forma de vida de una mujer intelectual. El "caos" que gradualmente introduce el Valium, la errata del crucigrama, los pequeños pero decisivos momentos de amnesia, el *black out*, impactan la vida de esa subjetividad transitada por líneas y tensiones múltiples, que se mueve entre el interior doméstico y las obligaciones laborales, o entre la docencia y la escritura para la prensa:

Y lo vives. Y dictas el oficio/ a quienes corresponde.
Y das la clase/ lo mismo a los alumnos inscritos que
al oyente. / Y en la noche redactas el texto que la
imprensa/ devorará mañana.

La lógica suplementaria del Valium aliviana el pasaje de una mujer intelectual entre espacios disímiles, exigencias laborales y cuerpos, como notamos también en su mención del *ars magna combinatoria* de la cocinera, la trabajadora doméstica que inscribe en la distribución de las funciones cierto orden, no ya del mundo, aunque sí del cuidado de los cuerpos jerarquizados en el interior mismo de la casa. Como el Valium, la cocinera remite a la lógica suplementaria de la casa como escena de trabajo,

donde, a su vez, no queda ya ni rastros de la centralización masculina patriarcal, apenas la memoria del "diamante" perdido, y la presencia de los tres hijos varones que la profesora y escritora intenta controlar:

Y vigilas (oh, sólo por encima) / la marcha de la casa,
la perfecta/ coordinación de múltiples programas.

Tal como ocurre en el legado moderno de la literatura de la intoxicación y la alteración sensorial, en el poema de Castellanos el fármaco condensa la relación entre la vida, la experiencia sensible y el proceso de inscripción o desborde del sujeto en órdenes que conectan la experiencia sensible al gobierno de la vida que gradualmente incluía también la experiencia afectiva bajo la expansiva mercadotecnia del psico-poder. Lo que no había sido nada frecuente en ese archivo, por cierto, era la escritura de las mujeres ante el proceso extremo de la alteración sensorial. Incluso entre las poéticas de la disidencia farmacológica que identificamos con los movimientos contraculturales de los años 60 (y sus importantes antecedentes modernistas y vanguardistas) son relativamente pocas las escritoras explícitamente devotas de la épica expansión de la conciencia, al menos en los regímenes de la alteración visible.

Diríamos que el libro *Black Out* es una excepción a aquella división del trabajo en los archivos de la literatura drogada o intoxicada, si no fuera porque su formidable relato del exceso etílico en los bordes de la autodestrucción narra la experiencia extrema del *black-out* en un entorno intelectual masculino.³⁶ Aunque supone una reflexión personal intensa sobre la disidencia contracultural impactada por la dictadura (disidencia poco reconocida en las historias de la resistencia o del trauma político), la autora del libro casi siempre figura como la única mujer en espacios donde el alcohol circula como sustancia decisiva en la forma de vida y la sociabilidad ligadas especialmente al periodismo de zonas literarias o estético-po-

³⁶ M. Moreno, *Black Out*, Buenos Aires, Random House, 2016.

líticas. En ese sentido, *Black Out* renueva preguntas sobre la bohemia en la historia latinoamericana, una bohemia siempre puesta en jaque por la moralina cívica, como demuestra Bernabé.³⁷ Se desprenden por lo menos dos sugerencias: primero, que en la medida en que producen o al menos provocan lazos y vínculos sociales, el alcohol y la droga no son simples puntos ciegos en una economía anestésica; y segundo, que el acercamiento al papel del alcohol o del fármaco en un entorno, a la hora de investigar un campo literario o intelectual, permite pasar de los mapas de ideologías y contenidos representacionales en las disputas por la autoridad o el capital simbólico a una consideración de la experiencia sensible como aspecto de la vida material y las políticas del cuerpo que intervienen en el ordenamiento y los desbordes del trabajo intelectual.

Antes de publicar "Valium 10", Rosario Castellanos había trabajado la cuestión del alcoholismo en el marco de los discursos sobre el vicio y la degeneración en *Balún Canán*, su novela indigenista de 1957. Ahí el alcoholismo de Ernesto, maestro rural blanco residente en una zona agrícola mayormente indígena de Yucatán, corroe las reformas pedagógicas y los proyectos integracionistas de Lázaro Cárdenas en los que Castellanos trabajó varios años. En cambio, el poema "Valium 10" supone una elaboración poética distante del análisis del alcoholismo como debilidad del ser nacional que anteriormente mantenía resonancia de los discursos latinoamericanos inspirados en teorías positivistas de la inferioridad racial, e impulsados por figuras del emergente higienismo (como las teorías de la alimentación, la bebida y las jerarquías raciales del mexicano Francisco Bulnes³⁸).

³⁷ M. Bernabé, *Vidas de artista. Bohemia y dandismo en Mariátegui, Valdelomar y Eguren (Lima, 1911-1922)*, Rosario, Beatriz Viterbo/Instituto de Estudios Peruanos, 2006.

³⁸ F. Bulnes, *El pulque. Estudio científico*, México, Antigua Imprenta de Murguía, 1909.

"Valium 10" le sigue la pista a un pequeño objeto de cuño industrial. Es emblemático del nuevo consumo femenino, y explora su impacto en aspectos de la vida diaria, el sueño, la memoria y las lógicas del deseo, la "química pura" del "ordenamiento del mundo". No me interesa necesariamente el cotejo de un referente autobiográfico en estas palabras, aunque no cabe duda de que el nuevo entramado farmacológico de la vida pasa por una forma muy básica del entramado de la "vida intelectual". Es cierto que en el poema de Rosario Castellanos no se nombra el deseo ocluido por ese entramado de la vida de la mujer intelectual. Habrá que seguir las rutas abiertas por una lectora de Castellanos años después, me refiero a la poeta Irizelma Robles y su *El libro de los conjuros*,³⁹ para encontrar una impugnación de la farmacología en el hospital psiquiátrico como traza experiencial y deseante de la poesía: "Vivimos esperando que/ el animal interior/ asome a la superficie".⁴⁰

Me interesa indicar aquí la conexión entre el entramado de la vida como forma que cobra la sensibilidad alterada químicamente y el entorno intelectual situado en los márgenes empíricos de las grandes ideas sobre la "ordenación del mundo" a la que el poema de Castellanos alude irónicamente. En ese sentido, "Valium 10" de Rosario Castellanos implica un reto a la historia de las ideas y los conceptos. No cabe duda, como le recordaba ansiosamente Theodor Adorno a Walter Benjamin, que después de las primeras entregas de la investigación sobre la vida material de los pasajes parisinos en la época de Baudelaire, el materialismo benjaminiano corría el peligro de suspender la mediación conceptual.⁴¹ De eso precisamente

³⁹ I. Robles, *El libro de los conjuros*, San Juan, Folium Editores, 2018.

⁴⁰ Ver especialmente los poemas "Hospitales", "Opiáceo", "Litio", "Prozac" y "Contigo en el Hospital de Goldwater" dedicado a Julia de Burgos.

⁴¹ Ver las cartas y comentarios de Adorno sobre el proyecto benjaminiano de las arcadas de París y el ensayo de la repro-

se trataba, de un clinamen en los objetos mismos que Benjamin relacionaba con la imagen dialéctica. Es cierto, por otro lado, que la “química pura” del Valium en el poema de Castellanos no es un dato ajeno a las mediaciones. Pero lo que sugiere el poema en los últimos versos es que el fármaco introduce una serie de operaciones que desbordan cualquier división clara entre cuerpo y artificio, entre vida anímica e intelectual del sujeto y la materialidad de la mercancía narcótica. Y lo hace en un orden industrial propenso al rediseño químico del afecto.

ducción técnica (pp. 150-175). T. W. Adorno, *Sobre Walter Benjamin. Recensiones, artículos, cartas*, Madrid, Ediciones Cátedra, 1970. Trad. C. Fortea.